Sueño y Verdad

VALENCIA, ALFREDO JUST, LA ESCULTURA

Por CARLOS ESPLA

1 nostalgia de Valencia es inseparable del recuerdo de los hermanos Just: Julio y Alfredo. Julio fue amigo mío desde mis primeros días valencianos, en los que tuve como inapreciable guía e iniciador a otro amigo queridísimo: Alvaro Pascual Leone, que había sido en Alicante mi compañero de colegio. Alvaro estudiaba entonces leyes en Valencia, escribía, tenía allí amigos jóvenes, estudiantes, escritores, artistas. Pronto lo fueron míos. Y entre ellos, uno de los más entrañables, Julio Just. Valencia estaba aún impregnada de blasquismo. En política, en arte, en sentimientos, en costumbres, todo era blasquismo, estado vital que puede definirse como una fusión del Renacimiento y del Romanticismo en el crisol mediterráneo, entre ciudad, playa y huerta. Su más típica expresión acaso fuera la familia Just. Su hogar—lo recuerdo—se hallaba al calor del taller de forja y fundición que tenía el padre, don Andrés; pero parecía prolongarse en el propio hogar ciudadano del blasquismo: la redacción de “El Pueblo”, Julio escribía en el periódico fundado por Blasco Ibáñez, del cual fui yo también redactor. Alfredo, más joven que nosotros, era, a nuestro lado, como un hermano menor, no sólo de Julio, sino mío y de todo el grupo de amigos. Con nosotros hacia su aprendizaje. Aprendizaje de sueños, nada menos. Peregrino comienzo. Un hombre que empeña por soñar puede llegar a ser algo en la vida: un gran escultor, por ejemplo. La escultura no es sino el arte de convertir en sueños el hierro, el mármol, el bronce. Es decir, dar a la materia formas soñadas. Alfredo Just quizá no soñaba todavía en ser escultor. Soñaba solo en sus sueños. Quería ser torero (cierto es que en aquella época Manolo Grane-ro quería ser violinista). Alfredo soñaba, pues, en dar forma viva a esos momentos imprecisos, dinámicos, fugaces del lance, de la caña, del derrote, del toro, de la estocada... Esos son los antecedentes claros de los grupos monumentales que forman ahora el anillo escultórico del circo taurino de México. Hacer lo que se ha soñado: he ahí la fórmula perfecta de lo irreal convertido en verdad. Pues, para los tiempos venideros, la imperecedera verdad de la tauromaquia de hoy será esa grandiosa Tauromaquia de Alfredo Just. En ella es Just un creador de formas en movimiento. Movimiento ahora de la vida al sueño.

En la obra escultórica de Alfredo Just el volumen se hace línea, trazo, instante, vida. Lo mismo en la Tauromaquia que en el resto de su creación. Comienza ésta en los estudios y ensayos de la Academia de San Carlos de Valencia, y da su primer fruto logrado en la lauda funeraria de Julio Blasco. Desde aquella primera obra admirable de Alfredo Just hasta su prodigioso Bolívar, por ejemplo, ¡cuánta vida labrada en ideal, cinceleada en ilusión! Vida nacida de aquellos sueños y en la que se humanizan la piedra y el metal—se convierten en imagen humana. Las formas que en su materia laten ocultas esperan el toque de los dedos de Just, que reciben, ahora y aquí, el lejano impulso de los sueños de Valencia. Volvemos, pues, a la fusión blasquista: Renacimiento—poesía en piedra de Miguel Ángel—; Romanticismo—palabra esculpida de Victor Hugo—; Valencia pone todo lo demás.

Alguna vez en el vasto taller mexicano de Alfredo Just, ante bocetos iniciales de obras que rápidamente logran su plenitud real: o bien repasando otras veces fotografías de sus esculturas, me agrada soñar. Soñar en aquellos lejanos años nuestros de Valencia, que toman forma en los sueños convertidos en verdad por el arte de Alfredo. ¡Lejana y misteriosa fuerza de Valencia, aliento vital de un arte que dejará en México obras perdurables!